

El rapto de la alegría

Tal vez, para hacernos entender, debamos comenzar afirmando que vivimos en un mundo triste.

Triste se dice de quien se siente con el ánimo oprimido por sus propias penas o por las de otro, o por la existencia de una situación injusta o de la que hay motivo para quejarse.

Asimismo, en el origen de penas y tristezas están las desgracias, que pueden ser: un suceso que causa padecimiento moral, como la muerte de un ser querido; un suceso que produce menoscabo grande en la salud o en la integridad física de una o más personas; un suceso que causa la ruina o pérdidas económicas graves o deja sin recursos; o simplemente una mala situación en la vida.

No vamos nosotros a pormenorizar ahora las causas que, personal o colectivamente, pueden llevar a la tristeza, sobre todo por la existencia de situaciones injustas o de las que hay motivo para quejarse. Basta estar atento a los medios de comunicación y ser buen observador de cuanto nos rodea.

Desde un punto de vista social y a escala mundial las sintetizamos en tres:

La existencia de la abismal desigualdad entre personas y colectivos humanos en cuanto a recursos y posibilidades de vida; desigualdad que es madre de hambre, enfermedad y muerte y, al tiempo, propulsora de desequilibrios sociales sólo por la fuerza coercibles.

El odio, generalmente inducido, entre colectivos o estados, que ha sembrado de cruentas guerras multitud de naciones en todos los continentes y que va cerrando el

paso al entendimiento entre humanos, sin dejar otra salida que la pura hegemonía militar y el sometimiento de los vencidos.

El empuje y la presión constante de la actividad humana contra los límites de la naturaleza, capaz de romper el soporte mismo de la vida humana.

Rumiar esta situación del mundo en la que nosotros estamos insertos —piénsese, por ejemplo, en nuestra participación en la guerra y ocupación de Irak— es evidente que nos deprime el ánimo, máxime cuando sabemos que técnica y económicamente son solucionables los problemas enumerados y comprendemos que de lo que carecemos es de motivación ética y compromiso político personal y colectivo, y, además, experimentamos que lo que el sistema nos permite es únicamente paliar determinados efectos de tan desastrosa situación en un alucinante empeño de agotar a cubos el agua del mar.

Para no sentirse triste se necesita ser un cínico —especie, por desgracia, abundante entre nosotros— o un profundo inconsciente. Y esto último, debido a la velocidad y facilidad de las comunicaciones, es punto menos que imposible; por lo que a tal inconsciencia habría que llamarla con más propiedad ignorancia culpable.

Por contra, la alegría, definida como sentimiento que produce en alguien la obtención de algo que se desea o que satisface sus sentimientos y afectos, tiene que ver con satisfacción como plenitud y con felicidad, entendida ésta como “situación del ser para quien las circunstancias de la vida son tales como las desea”.

En la base, pues, de la alegría y la felicidad está siempre, para hacerlas posibles o imposibles, el deseo, es decir, la aspiración a poseer algo percibido como bueno unida a la búsqueda y actualización de los medios para conseguirlo.

Se impone, por ello, la racionalización de los deseos en un doble sentido: en cuanto realizables y en cuanto orientables a un bien que, de verdad, plenifique, perfeccione a la persona.

Cuando hablamos de realizables no estamos tratando de eliminar el esfuerzo y el riesgo, la disciplina sin la que no es posible ni la alegría del espíritu ni la felicidad; pues ni alegría ni felicidad son, sin más, sinónimos de facilidad. Cuando hablamos de compleción o perfección nos referimos a la obtención de bienes que hagan al individuo –y, analógicamente, a las colectividades– más personas, o sea, más dueño de sí mismo, por una parte, y más en comunión con los demás, por otra.

En este sentido –y vamos descendiendo a nuestro concreto mundo– la avaricia, entendida como el deseo de poseer en exclusiva y de forma ilimitada bienes, –fundamentalmente materiales, pero no sólo– destruye la alegría y la felicidad: primero, porque el hombre vale más –es de más valor y más alta calidad– que todo el universo y nunca puede venderse a sí mismo a cambio de nada, y, segundo, porque necesariamente, por la limitación de los bienes disponibles, se entra en conflicto con los otros desatando la dinámica de la violencia y el odio y creando un clima de inseguridad para todos.

Por eso, cuando utilizamos la expresión raptó de la alegría tenemos ante nuestros ojos nuestra sociedad de consumo, donde se busca la felicidad y la alegría en poseer, para derrochar, todos los bienes que se nos antojen en espiral sin fin. Así, la alegría les es violentamente arrebatada a los humanos

hidrópicamente necesitados de nuevos consumos y derroches. Borrachos por el consumismo los ricos, siempre ansiosos de llegar más allá en el disfrute, y borrachos los pobres, aspirantes las más de las veces a imitar y creerse con los mismos derechos al derroche o a reconcomerse de envidia y resentimiento por su mala suerte.

Y, de este modo, nadie feliz y nadie alegre, mirando al prójimo de reojo por si nos acomete. La mayor fuente de empleo y trabajo van siendo los cuerpos de seguridad de todo tipo, alerta siempre porque el ataque sobrevendrá aun cuando no se sepa de donde. Ya se puede, por ejemplo, viajar alegremente? en avión porque llevamos con nosotros un agente armado que nos defienda, aunque sea con el pequeño riesgo de despresurizar el aparato.

Es necesario, pues, descubrir que la mayor fuente de alegría y felicidad es poder mirar al otro como se mira a un hermano querido a quien se está siempre dispuesto a ayudar y de quien se espera con certeza ayuda en cualquier circunstancia en que sea oportuno.

Ciertamente, la visión y la comprensión de la historia con criterios meramente evolucionistas puede llevarnos a aceptar como inevitable que ésta (la historia) ha caminado sobre el aplastamiento de los débiles por parte de los poderosos, y experiencias hay de que con frecuencia así ha sido.

Pero, si en la evolución de la especie humana incluimos la maduración de la conciencia (y a esta maduración sí ha contribuido sobremanera la resistencia y el clamor de los débiles), ésta nos descubrirá –nos descubre– cómo somos hermanos al comulgar en una común dignidad de personas libres y cómo en el mutuo intercambio de formas y creaciones de vida crecemos juntos.

No acertamos a ver –tal vez porque nos duele constatarlo– por qué el tercer miem-

bro del lema de la Revolución Francesa, la fraternidad, ha ido desapareciendo de la cultura sociopolítica actual (por supuesto, también de nuestra constitución).

Quizá hoy las personas se quieran, se consideren deliberadamente huérfanas porque han matado al padre. Pero hay que ser conscientes del profundo individualismo a que conduce la falta de vivencia de la fraternidad. Sin sentido de fraternidad cada uno está solo frente a todos, y esos todos, así percibidos como los de enfrente, producen miedo, no alegría. Y el miedo nos coloca en una actitud de agresiva vigilancia o de hosco aislamiento. La convivencia consecuentemente sólo pueden establecerla las leyes coercitivas del más fuerte del momento.

El problema tal vez sea descubrir quién es el padre y si nos quiere bien. Nos maravilla constatar cómo la ciencia –los científicos– hablan de la inteligencia con que se han producido y se producen los cambios evolutivos, cómo responden esos cambios a un grado mayor de perfección y complejidad, cómo subyace la inteligencia en el acoplamiento y funcionamiento de los organismos complejos. Pero, si hay inteligencia, por necesidad ha de haber conciencia, y, si hay conciencia, hay persona que actúa en libertad, y, si actúa en libertad, su motor, su motivación no puede ser otro que el bien.

Tal vez toda la evolución tenga sentido y haya ocurrido para que el hombre descubra que debajo de todo, sosteniéndolo todo, hay alguien que quiere el bien y que nos quiere bien, que, por hijos, nos hace hermanos.

Tal vez, por eso, el mayor deseo del hombre y lo que busca como satisfacción, completación, perfección y felicidad sea el conocimiento de tal padre y la permanencia junto a él en compañía de sus hermanos; hermandad que por extensión incluye también cuanto de bueno y bello han producido los hombres, la misma naturaleza y cuanto

en ella existe. Permanencia junto a él que exigiría vencer la muerte, potenciar la mirada y purificar cuanto se ha opuesto a la comunión con él y los hermanos.

Espero que, llegado a este punto, cualquier lector habrá comprendido ya, que cuanto antecede ha sido sugerido por la escandalosa manera como se celebran las llamadas “Fiestas de Navidad”. Es una descarada victoria del hueco y huero consumismo sobre el sentido originario de lo que se dice celebrar. Y creemos que tienen derecho los creyentes a exponer y comunicar lo que celebran y que tienen derecho también los no creyentes a que se les diga sin tergiversaciones de qué se trata en esta celebración.

He aquí, sin pretender buscar un orden lógico, algunos de los elementos esenciales de (¿mito o realidad?) la navidad:

El deseo del hombre de alcanzar la perfección y la felicidad absoluta (o lo que es lo mismo, el deseo de alcanzar a Dios) se resuelve con la iniciativa divina de hacerse hombre para dignificarlo hasta elevarlo –a él y, con él, a todo lo existente– a la altura



de la divinidad. Toda persona adquiere, en el Hijo que se encarna, la categoría de hijo y heredero de Dios en bienes, virtudes y potencialidades.

En el Niño que nace quedamos constituidos, por tanto, en hermanos con igual dignidad sagrada e inviolable. A partir de este hecho no hay posibilidad de felicidad humana sino desde la vivencia de la fraternidad, como corresponde a los hijos de un mismo padre y como manifestación de que se cree en tal filiación.

La Encarnación tiene lugar en la debilidad. Nace Dios Niño, pobre e inmediatamente perseguido. Su fuerza (lo evidenciará el Jesús adulto) son la misericordia y el perdón; en definitiva, el amor que se entrega hasta el final.

La misericordia, el perdón, el servicio mutuo y el amor son los fundamentos de la paz que trae al mundo. Nadie en la lógica de la Encarnación de Dios puede considerarse a sí mismo enemigo de nadie ni ser considerado por los demás como enemigo.

La Encarnación se realiza en pobreza, no en riqueza y poderío. Por ello los débiles, los ignorantes, los pobres, en una palabra, los últimos y los excluidos deben ser los primeros en la atención y en el cuidado de los demás.

“Si Dios con nosotros ¿Quién contra nosotros?” Dios es uno de los nuestros. Y Él es fiel para cumplir sus promesas. Esta es la profunda alegría que crea esperanza y lleva con gozo al compromiso.

Comoquiera que nada históricamente puede negar la actitud de servicio y entrega hasta la muerte por los otros de Jesús de Nazaret; sino que, más bien, los hechos manifiestan que pasó por la vida haciendo el bien.

Como quiera que, razonablemente pensando, la encarnación de Dios, aun cuando se nos escape mucho del cómo, se adecua a las más profundas aspiraciones del hombre, no es absurdo que la fe del creyente perciba y viva como real —y así lo proclame— lo que de misterio gozoso encierra la Navidad.

Ya sabemos que muchos creyentes oscurecemos con nuestra vida el mensaje. Pero nosotros no nos proclamamos impecables, sino esperanzados de la salvación de Dios; porque él tiene capacidad para hacernos a todos mejores, a todos los de buena voluntad. De todas maneras no parece razonable rechazar un tesoro porque nos lo ofrecen unas manos que no vemos suficientemente limpias.

Y ahora, sí: FELIZ NAVIDAD.

